

lloró, o el film de Julio Bressane, *Días de Nietzsche en Turín*. También se ha escenificado en distintas obras de teatro la vida del filósofo. Por eso, el hecho de llevar el pensamiento de un autor tan polémico a la pantalla, o al escenario, haciendo que su potente pensamiento se transforme en imágenes o en formas plásticas, no es ninguna novedad. La sugerencia de Onfray no es pues «inocente», pero es demasiado simple en su contenido y poco pretenciosa. Un guión bastante pobre, si lo comparamos con la tormentosa vida del propio Nietzsche. Dedicar tantas páginas al papel de la hermana, sobredimensiona su importancia. Es posible que el propio autor fuese consciente ya desde el principio de que el guión, como tal, es un guión imposible de convertir en imágenes; no obstante, no deja de ser un testimonio que le ha servido al autor para vehicular su crítica frente a la filosofía que se hace y que se edita.

Luis Enrique de Santiago Guervós
Universidad de Málaga

ZUBIRÍA, Martín, *Nietzsche. Mundo amado, amada eternidad. (Comentario a los cantos y discursos de Zarathustra)*, Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2009. 213 pp.
ISBN:

El libro de Martín Zubiría es el primer comentario que se lleva a cabo en español sobre la difícil obra de Nietzsche *Así habló Zarathustra*, «un libro para todos y para ninguno». Este libro, «el más profundo –como dice Nietzsche–, nacido de la más entrañable riqueza de verdad, un pozo inagotable donde balde que baja, sube repleto de oro y de bondad» (EH, Prefacio § 4), siempre ha sido un reto para los exégetas e intérpretes que se han acercado a la que es probablemente la obra más críptica de Nietzsche. Zubiría no trata de desentrañar los misterios de esta obra, como indica, sino que sus pretensiones son más bien modestas: señalar pistas para aquellos que no estén demasiado familiarizados con Nietzsche para que se comprendan mejor la cantidad de expresiones simbólicas y alegóricas que se acumulan en esta obra. Por lo tanto, el autor, a pesar de las dificultades, ha asumido el riesgo de emprender una tarea de esas características, sin pretensiones interpretativas de altos vuelos. No cabe duda de que éste es un ejercicio exegético y hermenéutico abierto, sin dogmatismos, que va comentando paso a paso cada uno de los discursos de Zarathustra, en sus cuatro partes, de una manera breve, pero a veces sugerente. Y es el propio autor el que sale al paso de posibles malas interpretaciones de esta obra. No pretende hacer una crítica a Nietzsche, ni corregirle, ni tampoco llevar a cabo una defensa de sus pensamientos, sino desbrozar el camino que permita «la comprensión del *Zarathustra* mediante una elucidación que dé cuenta de cada uno de los discursos que integran la obra» (p. 15). Este ejercicio de comentarista del autor se ejerce queriéndole imprimir un sello especial, dando a los comentarios algunos matices particulares, desde el momento en que el propio intérprete trata de contrastar la doctrina de Zarathustra con el saber cristiano, especialmente con los Evangelios y la doctrina de Tomás de Aquino. No es que sea un ejercicio ilícito; sin embargo, por una parte, el intérprete insiste mucho en que sus comentarios son el resultado de la experiencia que ha tenido con el texto, después de prestar oídos con sosiego a «lo que dicen las palabras» de Zarathustra. Gadamer, cuando aconsejaba a sus discípulos cómo habría que interpretar un texto, solía decir que había que dejar hablar al texto, sólo al texto, en la media en que su modo de ser, el del texto, es su autonomía. Tratar de aclarar aspectos del texto con juicios previos, en este caso la doctrina cristiana, significaría quebrantar el diálogo

hermenéutico y las interpretaciones del propio texto. Tal vez este ejercicio estaría mejor dentro de una monografía sobre aspectos colaterales. En el caso de Nietzsche, lo más correcto sería desvelar el sentido del texto desde el mismo texto. Por eso, en este libro, en el que se hace un esfuerzo por dilucidar el hermetismo de los discursos de Zaratustra, hay un cierto sesgo o empeño en tratar de compensar su doctrina con las enseñanzas cristianas, con el saber cristiano, dados los conocimientos teológicos del autor. Es indiscutible que en los discursos de Zaratustra hay resabios intencionados de la predicación de Jesucristo y de los Evangelios, así como un ajuste de cuentas con el cristianismo, pero en realidad el texto hay que analizarlo en sí mismo. Esta confrontación o estos «paralelismos» se ponen de relieve en algunos momentos de una manera insistente, como, por ejemplo, en la p. 137, cuando Zaratustra habla de la paciencia y resignación, y el autor contrapone el sentido cristiano de la paciencia con profusión de citas de Tomás de Aquino y de las epístolas paulinas. O al traer a colación citas de algunos autores en las que se dice que Nietzsche no conocía bien el Pentateuco. O cuando se afirma que la fe nietzscheana tiene su raíz en la voluntad, mientras que acentúa que la sacra doctrina enseña que la fe está en el intelecto. Y así sucesivamente. El libro termina con un colofón en el que se manifiesta el principio hermenéutico de que «la obra habla por sí sola», al mismo tiempo que rinde un especial homenaje al que fue su maestro, Heribert Boeder (profesor de la Universidad de Osnabrück, Alemania), traduciendo uno de sus trabajos como anexo del libro: «La unidad y la barrera del pensamiento nietzscheano». Es indudable que la huella de su maestro está presente, de una u otra manera, a lo largo del libro.

Uno de los aspectos interesantes de este libro son los comentarios que hace el autor en torno a la estructura de los discursos y de las partes del *Zaratustra*. Las notas introductorias y conclusivas de los distintos grupos de discursos ayudan a proporcionar una información necesaria y a orientar al lector. Los comentarios no son muy extensos, sino más bien ajustados a contextualizar cada uno de los discursos. Aunque no son suficientes, creo que ayudarán al lector a comprender y a conducir su lectura, en tantos y tan variados temas. En algunos discursos la traducción de los encabezamientos no está muy lograda. Así, por ejemplo, uno de los más emblemáticos, el duodécimo de la segunda parte, se traduce como «El vencimiento de sí mismo», traducción que pierde fuerza en comparación con otra más adecuada, «La superación de sí mismo», donde el prefijo *Über-windung* expresa con gran fuerza el «ir más allá de sí mismo» del hombre en todo momento, como meta principal del discurso de Zaratustra y todo su significado en relación con el *Übermensch*. No en vano su amigo Rohde definía a Nietzsche como el «prestidigitador de la autosuperación».

Luis Enrique de Santiago Guervós
Universidad de Málaga